

Colombia: Un país sin filosofía

Escribe: **HERNANDO PLAZAS CASTAÑEDA**

En una de sus últimas novelas el prestigioso escritor y poeta argentino Jorge Luis Borges pone en boca de uno de los personajes el concepto de que "Colombia es un acto de fe". ¿Qué ha querido afirmar exactamente el ilustre —aun cuando en algunos sectores todavía controvertido—, argentino, hoy ciego y huérfano de su señora madre que durante años y años le acompañara y fuera algo así como su secretaria de plena confianza? Como siempre, será una cuestión de interpretación y hará falta, naturalmente, leer el texto y el contexto con la atención debida.

Pero, en todo caso, sírvanos este pasaje, mejor esta opinión: "Colombia es un acto de fe" para iniciar el artículo que aquí nos hemos propuesto. En otros decenios se dijo que Colombia era la Atenas de América, por extensión de la fama de que gozara Bogotá, su capital, de ciudad letrada y donde se cultivaba con gran devoción el estudio de los clásicos griegos y latinos en sus respectivas lenguas, así como lo relacionado con el idioma materno: el castellano o sea el español de hoy en día. Era, en cierta forma, una definición de nuestro país, una ubicación que se le daba dentro del concierto cultural continental y aun universal, diferenciándolo y particularizándolo.

En nuestros días, y a través de una personalidad como la de Borges, habríamos pasado a ser un simple acto de fe. No seríamos ni un país agrícola, cafetero, valga el caso, ni industrial, ni minero, ni comercial, ni universitario o qué se yo. Mucho menos un país filosófico. Y si en lo de las primeras denominaciones cabría alguna posibilidad de ubicación, en esto último sí no habría ninguna. Porque es una realidad, enorme como una montaña, que nuestra Patria es un país sin una filosofía propia,

sin un pensamiento especulativo establecido, es decir, lisa y llanamente, una nación sin filosofía.

Hemos tenido, es verdad, grandes estudiosos de la filosofía desde el crepúsculo de la colonia hasta nuestros días. Los precursores y muchos de los gestores y mártires de nuestra independencia fueron personajes ilustrados en el pensamiento europeo de aquellos decenios y el enciclopedismo en mucho los inspiró en su acción política. Posteriormente, en los albores y desarrollo de la República, hubo también notables y esforzados estudiosos de las filosofías entonces en boga en el viejo continente y que, a la vez, les sirvieron de sustentáculo y luz para sus luchas en la organización del Estado y la sociedad. Recuérdese la controversia entre positivistas y tradicionalistas, entre nominalistas e idealistas etc., para darse cuenta del influjo de las ideas filosóficas en todos aquellos personajes y piénsese en que ellas jugaron su papel en nuestras desastradas guerras civiles.

Estudiosos de la filosofía sí que los ha tenido Colombia a lo largo de su historia hasta llegar a nuestros días en que a ello se encuentran dedicadas no pocas brillantes inteligencias cuyo esfuerzo se expande a través de la cátedra especialmente.

Pero no tenemos una filosofía propia. No hemos creado una escuela pragmática como en Inglaterra, ni una escuela racionalista o idealista como en Francia y Alemania respectivamente.

Lo cual no debe escandalizarnos ni angustiarnos porque eso de crear una **escuela filosófica** no es asunto de dácame estas pajas ni muchísimo menos. Se requiere no sólo de la participación de cerebros privilegiados en mucho y muy bien cultivados, sino de una decantación de la cultura y de la ilustración de la sociedad en que se vive, de la cual estamos aún muy distantes. Los países europeos han necesitado 20 siglos para, a través de mil peripecias y vicisitudes en el campo de la especulación mental (que es el gran quehacer de la filosofía) y de otras tantas de su vivir histórico propiamente tal, llegar a la formulación de sus filosofías.

Y el anterior no es el caso de nuestro país con apenas escasos cinco siglos de afloración a la civilización y con una constitución étnica y cultural acaso más compleja que la propia de las comunidades europeas. Y claro, el caso de Colombia es el de todos y cada uno de los países del Nuevo Mundo, incluidos los Estados Unidos, el Canadá y las naciones del Caribe. En todos

ellos, como en el nuestro, ha habido grandes estudiosos de la filosofía. Creadores de una escuela, ninguno. En este campo todos evolucionamos más o menos al mismo lento ritmo. La historia de la cultura y para el caso nuestro, **de las ideas**, es así. Concluimos diciendo que no hay otro remedio que tener paciencia y, claro, seguir trabajando, estudiando y enseñando, lucubrando, en busca de los caminos del porvenir.

Algo para la historia del idioma francés en Colombia

Escrito por: ALBERTO LOJANO SIMONELLI

En estas notas, a nombre de Pablo Lozano Simonelli, hijo de Juan de Viterbo y Isabel Lozano de Rey, su autor entrega a la cultura colombiana y a la de la República de Colombia, un estudio de la historia del idioma francés en Colombia. Este estudio se divide en tres partes: la primera trata de la historia del idioma francés en Colombia, la segunda de la historia del idioma francés en Bogotá y la tercera de la historia del idioma francés en Medellín. Este estudio se divide en tres partes: la primera trata de la historia del idioma francés en Colombia, la segunda de la historia del idioma francés en Bogotá y la tercera de la historia del idioma francés en Medellín.

El idioma francés en Colombia, como en la época de la independencia, se divide en tres partes: la primera trata de la historia del idioma francés en Colombia, la segunda de la historia del idioma francés en Bogotá y la tercera de la historia del idioma francés en Medellín. Este estudio se divide en tres partes: la primera trata de la historia del idioma francés en Colombia, la segunda de la historia del idioma francés en Bogotá y la tercera de la historia del idioma francés en Medellín.